

ANDRES DE LA OLIVA
EL MITO SOCIALISTA
CIEN AÑOS DE MARXISMO



200
ptas

YA ESTA
A LA VENTA

EL MITO SOCIALISTA
CIEN AÑOS DE MARXISMO
ANDRES DE LA OLIVA

Análisis riguroso de la teoría y de la praxis marxista, y de su introducción y aplicación en España, merced a la peripecia histórica del P. S. O. E. Un alegato lúcido donde se afrontan las actuales "operaciones tranquilizadoras" y se desvelan el mito y la utopía del socialismo en libertad

Edita
Punto Editorial, S.A.



Víctor Alba.

tonces se preveía: que Franco recurriría a la monarquía borbónica como mal menor para sucederle y que la izquierda, olvidando la "legalidad republicana", tenía que pactar con ella, tanto para "acercarla" hacia sus propios intereses como para conseguir una fórmula que mereciera el respaldo de las potencias y los capitales occidentales, en tanto, sobre todo, que supusiera una liquidación de la guerra civil.

El libro contiene, aparte de lo que es propiamente una información histórica, una determinada interpretación. Sus líneas maestras son el antifranquismo y un nada velado anticomunismo. La simple contraposición, a la hora de desentrañar ciertos hechos, entre la historia del partido, escrita por un grupo de militantes, y ciertos testimonios a la opinión del mismo Alba, es bien expresiva.

Creo, en todo caso, que la lectura de toda esta literatura histórica es hoy fundamental. En el desconcierto y el llamado desencanto de una parte de la sociedad española se mezclan, muchas veces, el idealismo y la ignorancia, hijos ambos de una etapa en la que ha sido muy difícil ejercer la reflexión y la acción políticas. "Historia de la Resistencia Antifranquista" nos clarifica las líneas de una dinámica soterrada, pero real, derivada del juego de los distintos factores. Pensemos que el "consenso" es un proyecto de los años cuarenta para "saltar" del franquismo. Y que lo suscribieron prácticamente las mismas fuerzas —incluidas las monárquicas— que ahora lo han puesto en práctica en el Parlamento... ■ JOSE MONLEON.

CINE

Dicen los dueños de los cines, los mismos a los que toda la profesión considera mandamases del negocio, que la gente va poco al cine esta temporada. Se quejan los exhibidores —calificativo este más técnico, más ocultador— porque por las noches, en las grandes ciudades, se venden pocas entradas. Siempre se han quejado mucho, de todas formas.

Pero vamos a suponer que sea cierto eso de que la gente no va al cine. ¿Por qué no va? Uno, que se ocupa provisionalmente de la sección esta, llamada de crítica, en ausencia del titular y habitual, ahora en el Festival de Berlín —tan apreciado por nuestros fieles lectores, por otra parte—, puede encontrar muchas causas, variadas razones, para explicar el problema que suponemos cierto, porque por algo lo dicen los dueños (siempre tendemos, inconscientemente, a dar la razón antes al propietario que al sirvo). No es éste el lugar para examinarlas y analizarlas. Pero sí para apuntar un hecho que, indudablemente, conduce a este lamentable estado de cosas, que tan dañinamente afecta al negocio. Porque en las dos semanas que el firmante lleva de crítico interino, los estrenos de esta ciudad centralista llamada Madrid han sido realmente lamentables.

Desde el viernes 9 de febrero se han estrenado en los cines madrileños veinte películas. Salvo tres o cuatro casos —"Lugar sin límites", "Madame Rosa", "Un hombre en el tejado"—, que no es que se trate de películas maravillosas, sino decentes, visibles, el resto es todo bazofia, cine sin interés alguno, títulos cuya sola lectura facilita el olvido por atorradores. Veamos algunos de estos titulitos de marras: "La zorra", "Cuentos prohibidos y nada vestidos", "Mujeres de frío y fuego", "El sexo que viene".

Sólo de los festivales cinematográficos del pasado año —Berlín, Cannes, San Sebastián, etcétera— hay numerosos films sin estrenar. Los hay también de las producciones más recientes del cine mundial. Y aquellos títulos que, viejos, conocidos de nombre por todo el mundo, aún seguimos aquí sin haberlos visto, sufridos o disfrutados.

Pues por lo visto a los dueños de los cines no se les ocurre estrenar esas películas. Como ha habido un tiempo en que lo pornográfico era rentable, ahora se lanzan como locos a la búsqueda de cualquier título perdido que a ellos les parezca excitante. Y se equivocan (los propietarios y dueños también pueden equivocarse, aunque sí así ocurre, sepan disimular su error y echar las culpas a cualquier otra persona, elemento o circunstancia).

Entonces, el señor o señora que se dedican a esto que llaman la crítica no sabe qué hacer, qué película elegir para cumplir su compromiso, sea interino, sea titular.

Henry James tiene un cuento delicioso titulado "La muerte del león" (casi todos los cuentos de James son deliciosos, por cierto). Bueno, pues hay un momento en la narración en el que charlan dos hombres. Y uno le dice al otro: "No me tome usted por un crítico". Entonces va el otro y le contesta: "¡No quiera el cielo que le tome por algo tan espantoso!". Hago la cita esta porque este interino se acerca bastante a la opinión del escritor angloamericano-francés (de Hesse también se podrían extraer citas sabrosísimas en este sentido; y de otros, claro). La crítica piensan muchos que no debería existir. Tienen bastante razón. Porque la crítica se reduce siempre al juicio personal —mejor o peor expuesto— de cada uno, por mucho que se la envuelva en celofanes estructuralistas, marxistas, ácratas, mojigatos o libertinos. Según es el crítico, así es su juicio. Todo esto ha sido dicho porque es posible que el lector no esté de acuerdo con lo manifestado sobre los estrenos de estos desgraciados días. Y porque la interinidad permite estos lujos terroristas.

Cuarenta años sin sexo

Comienza la película con unos muchachos de pantorrilla al aire que marchan por los caminos de España cantando canciones patriotas bajo el pladoso y amoroso cuidado de un cura fascista. Los muchachos son del Frente de Juventudes. En un recodo del camino se cruzan con una carreta de labriegos. Una mujer vestida de negro insinúa sus excitantes